



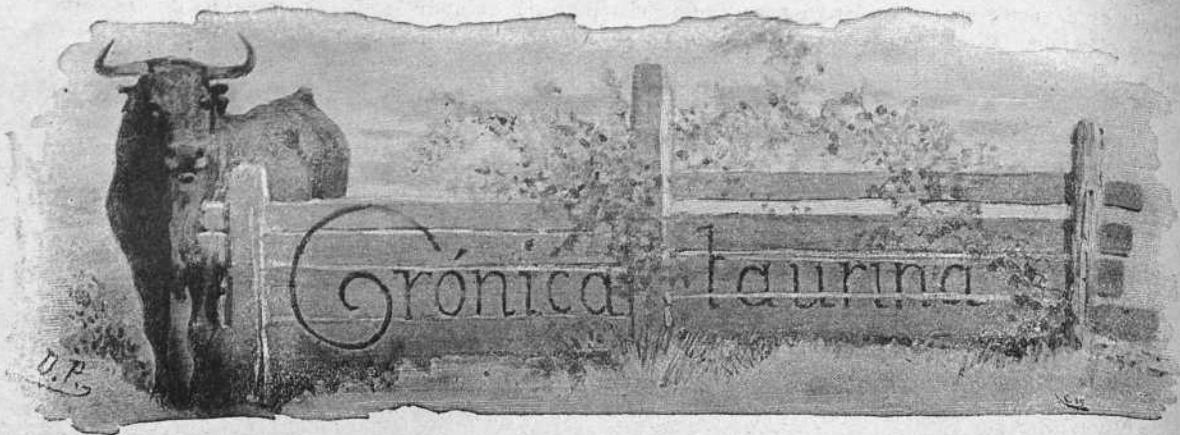
Año I

Madrid 5 de Agosto de 1897.

Num. 16.



Anselmo Torres

JUICIO CRÍTICO

de la corrida de toros celebrada en la plaza de Madrid el día 1.º de Agosto de 1897
á las cinco de la tarde.

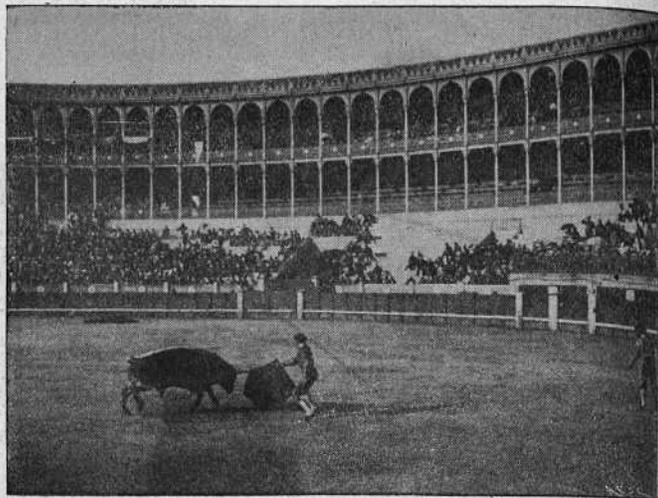
Minuto y *Faico*, aquellos dos muchachos que hace pocos años, al frente de cuadrillas infantiles, recorrieron todas las plazas de toros recogiendo aplausos, fueron el domingo los encargados de buscar otros plácemes, entendiéndose, como hombres hechos y derechos, con seis toros de la ganadería de Salas, hoy de Biencinto, vecino de Madrid.

El público que en gran número asistió, á pesar del sofocante calor, á las distintas localidades de la plaza, tanto de sol como de sombra, votó favorablemente en la mayor parte de las ocasiones, respecto de uno y otro espadas, siempre elevando al primero por su infatigable deseo de complacer á quien le paga. Está bien que así se aliente y premie al que demuestra, además de aquel deseo, valor é inteligencia; pero cuidese también de no exagerar la nota del aplauso, á todo y por todo, ni de gastarle tanto que pueda producir empacho, porque al fin y al cabo esa clase de torreo, que no tiene reglas fijas, sorprende más por lo efectista que por lo que de sólido tiene.

El ganado de Biencinto, bueno en general, bien criado, y casi, casi de la edad reglamentaria, cumplió bien, con especialidad el primero y el quinto toros, aquél por bravo y noble, y éste por valiente y de poder. Con mejor lidia de la que sufrieron por los desmanes de los llamados picadores, y por las infinitas vueltas y revueltas que la gente de á pié les dió, hubiéramos presenciado una buena corrida. Otra vez será, que, ésta, en cuanto al modo de portarse dichos *mozos toreriles*, revistió todos los caracteres de una novillada, con sus líos y desórdenes.

Minuto trabajó con fe, haciendo cosas notables de las de su repertorio, siendo de citar un regate ceñidísimo, á cuerpo limpio, en los medios de la plaza, otros tres ó cuatro, capote al brazo, y dos verónicas muy aceptables. También anduvo diligente en los quites y acertado.

Matando los tres toros que le correspondieron, derrochó valentía en sustitución de estatura. Pasó de muleta con desahogo, se fué muy por derecho á *paso de banderilla* y endilgó á su primero una media estocada, caída, que aplaudieron, y bastó para que se acercara el de la puntilla. Al segundo suyo le trasteó bien, con elegancia y sin abusar de los adornos; le citó, *le recibió muy mal*, puesto que se echó fuera, pinchando alto, y esperándole otra vez, sin retroceder al llegar el bicho á jurisdicción, le dió una atravesada también *recibiendo imperfectamente*, puesto que se apartó un paso á la derecha. De ahí el atravesar. En esa suerte, en que aplaudiremos siempre el sólo intento de ejecutarla, no pueden moverse los pies, ni poco ni mucho; la muleta es la que guía. Mató al quinto toro, que fué de cuidado (porque se quedaba), dándole solamente tres pases; y de pronto, de cerca y con intención, le arrimó una *baja á volapié*: eso es saber lo que debe hacer un espada de escasas facultades con un toro á quien le sobran.



La dirección del redondel no pareció por parte alguna, y se comprende bien. Compuestos los elementos que la constituyen de gentes de poco valer y á más de ello indisciplinadas, ningún torero, y menos uno de tan corta representación como *Minuto*, puede imponerse; y harto hace con acudir personalmente al sitio del peligro y á todas partes; que en todas está y á tiempo.



y sin soltar, pero por derecho. Estas estocadas, que son de recurso y que usó alguna vez *el Chiclanero*, son muy aceptables cuando el toro no hace por los objetos, pero no son disculpables si el bicho acude, como acudía el referido. Dióle, además, para rematarle otra estocada *arrancando* de lejos, un poco baja y honda, intentando descabellar pesadamente. Y al último le despachó de muy mal modo, de un *volapié* corto y cinco pinchazos más al revuelo, á paso de banderillas, á la media vuelta y de otro pinchazo hondo en donde no hiere ningún matador que se estime en algo. Que el aire estorbaba el muleteo, y el animal se tapaba al ver venir al espada, verdad es; pero ya que no supo hacerle humillar trasteándole por bajo, de cerca y sin reposo, hasta apoderarse de él, hubiérase arrancado desde muy corto y de sopetón á ganar el gollete, como hizo *Minuto* en el quinto toro, y de seguro consigue despachar pronto; que los toros sorprendidos en poco terreno siempre humillan para coger. ¿No calculó que yéndose á él desde lejos conocía el animal, por las entradas anteriores, que su defensa estaba en cubrirse para imposibilitar los pinchazos? Para matar toros hay que acercarse en toda ocasión, lo mismo con la muleta que con el estoque; ser más activo y más confiado, y poner de su parte una gran dosis de voluntad, si han de evitarse disgustos como el que pudo tener en este toro al ver que estaba dada la orden de retirarle al corral.

Ya hemos dicho que ni los picadores son picadores, ni los banderilleros, banderilleros. Es preciso que esto se corrija, si no queremos que la Plaza de Madrid se convierta en un mal herradero donde no asome el arte ni á cien leguas.

¿Y de la presidencia, encomendada al señor D. Manuel Fernández Guevara, qué? Pues que debían preocuparle otras atenciones para él de mayor interés que una corrida de toros; tal fué la poca atención que prestó á todo y el olvido de las buenas prácticas taurinas. A nadie más que á él le ocurre mandar poner banderillas al cuarto bicho, que no había tomado más que tres varas que le hicieron poco daño, y parecía dispuesto á tomar más; y cometer igual error con el toro quinto, que desafiaba y buscaba el modo de despachar otros caballos, si los picadores se le hubiesen puesto delante. ¿No comprendía que toros tan enteros y sin castigo habían de dar quehacer durante el resto de la lidia?

Hay que acordar algo acerca de esas presidencias que ponen en tela de juicio el principio de autoridad, á fin de robustecer éste, evitando desórdenes y desacatos como los que presenciamos el domingo.

Faico adoleció del defecto capital que en otras ocasiones hemos en él advertido. Poca animación y escaso coraje al entrar á herir, que le impiden obtener los ruidosos triunfos que de otro modo alcanzaría. *Faico* con todos sus defectos ¿quién no los tiene? es un buen torero, cumpliendo bien en quites, aunque sin reparar que cuando le tiene hecho otro, no es lícito entrar en él; dando lances de capa de irrepochable elegancia, y alguna vez adornándose con seriedad. Habrán observado nuestros lectores que nada hemos dicho antes, ni decimos ahora, del mérito del trasteo que emplearon los matadores respectivos para tantear sus toros: esa omisión es debida á la casi imposibilidad que tuvieron de manejar el trapo, á causa del fuerte viento que reinó toda la tarde. Conste así en su descargo.

Mató al segundo toro de un metisaca bajo á *paso de banderillas*, entrando de largo precipitadamente; y luego, queriendo aprovechar, mató al cuarto de una estocada *andando* el toro



J. SÁNCHEZ DE NEIRA.

(Madrid.—Instantáneas de la corrida celebrada el 18 de Julio, expresamente para SOL Y SOMBRA.)

Desigualdades.

GRANDES las ha habido siempre en todos los ramos del saber humano, y casi puede afirmarse que han sido de imprescindible necesidad para que la vida no adolezca de monotonías insoportables; pero siempre que la exageración ha predominado, lo que debiera ser sencillamente ley tolerable, se ha convertido en abuso irritante.

De tales diferencias la tauromaquia es el arte que más motivos ha dado y da para la protesta, y para demostrarlo basta fijarse en lo concerniente á dos entidades de nuestro hermoso espectáculo: el torero que ya ha llegado á tener nombre y partido, y el principiante que lucha un día y otro por conseguir ambas cosas.

¡Qué diferencia más notable entre aquél y éste! ¡Qué facilidades para el uno, y qué cúmulo de barreras ante el otro!

Parece lo más natural del mundo que á mayores recursos y mejor paga correspondan las cosas más difíciles, teniendo en cuenta no más la ventaja de poseer un estudio detenido de los medios de vencer con el arte; mas por natural y justiciero que parezca, ello es que sucede todo lo contrario, y que, cumplimentando lo que un conocido refrán afirma, al perro flaco se le agregan todas las pulgas.

El diestro que ha llegado al pináculo de la fama, tiene el derecho de imponerse á empresarios, ganaderos y público; especie de reyezuelo omnipotente, exige para sí todas las facilidades y ventajas, figurando entre otras la de elegir el ganado que sea de su antojo (y que no suele ser el más difícil de vencer), y sólo con esta facultad ya lleva conseguido casi todo el brillo que su trabajo necesita para entusiasmar á las masas.

Por el contrario, el infeliz principiante tiene negados todos los medios, y sólo puede armarse de resignación para tolerar que con él hagan lo que quieran cuantos intervienen en la organización de una fiesta taurina.

En las novilladas tiene que predominar la baratura, y la primera materia, el toro, como barato, es malo. Desechado en la tienta, pasado de edad, rechazado por los que rechazarle pueden fundándose, quizá, en que los cuernos son kilométricos, con defectos físicos que le impiden moverse con la precisión que determinadas suertes requieren. . . Todos los alifafes, en fin, caen sobre el animal destinado á morir á manos del principiante, y éste, supliendo con valentía loca casi siempre las ignorancias del que comienza, libra un día y otro día la batalla que le da para comer y para mantener á los suyos, y si no perece en la lucha se da por satisfecho sin pararse á considerar las penalidades sufridas, y se prepara con nuevos y grandes alientos á combatir nuevamente, llevado de sus aficiones que le hipnotizan, y entregándose en cuerpo y alma á la voluntad de Dios.

El torero grande manda una inteligente cuadrilla que le obedece y le ayuda con arte; el torero chico lleva como súbditos los que le dan, y que, como se encuentran en su misma situación respecto á ignorancias, no tienen otra cosa que ofrecer más que valentía y afán de hacerlo todo, sin fijarse en si es ó no contraproducente.

¿Qué demontres va á exigirse á muchachos que suelen salir *contratados* por veinticinco pesetas, de las que tienen que entregar la mitad á quien les alquiló la indispensable y mugrienta ropa de luces. . . apagadas. . . ?

Pero todo pudiera tolerarse con mayor ó menor justicia, menos lo referente al ganado que unos y otros torea. En esto no caben disculpas ni se deben oír otras razones que las de la conciencia y la humanidad.

Al *maestro* deben corresponder siempre las dificultades de toda obra, y al *aprendiz* lo que por sus pasos contados puedan conducirle á la categoría de *oficial* por lo menos.

¿Que este cantar se repite sin cesar, y nada se consigue? Ciertamente que muy distinguidísimas plumas han clamado por que tales desigualdades desaparezcan; pero lanzada la lamentación no se ha vuelto á la carga, olvidándose, por tal causa, la petición gallardamente hecha.

No, no es ese el camino. Es menester demostrar verdadera insistencia para la consecución de una ley que haga desaparecer las irritantes desigualdades por todos advertidas.

Las autoridades pueden mejor que nadie contribuir con su poder á normalizar semejante abuso desbarajuste. Los aficionados también tienen á su alcance medios de rechazar lo que en buena lógica cabe llamar *trata de ignorantes*.

¿Por qué no acoger la idea lanzada poco ha por un modesto colega bilbaino, *La Revista Taurina*? ¿Por qué no emitir opiniones siquiera respecto á la confección de un buen Reglamento, en el que las desigualdades que anotamos podrían evitarse, al par que otras muchas deficiencias que hoy viven amparadas de nuestra incomparable fiesta, contribuyendo á su rebajamiento moral por lo menos?

Hagamos algo práctico. Enteremos á unos y á otros de la verdad y justicia que encierran las siguientes opiniones:

Los toros mayores, para los mejores. (CÚCHARES.)

Los toros nobles y boyantes que entran y salen, esos se comen igual que confitura. (LAVI.)

A los primeros espadas debe corresponder roer los huesos. (EL MENGUE.)

Yo mataré todos los toros que nazcan de las vacas. (PEDRO ROMERO.)

En el torero lo primero debe de ser la vergüenza, que nace en el corazón, se para en los ojos y sale por la punta del estoque. (COSTILLARES.)

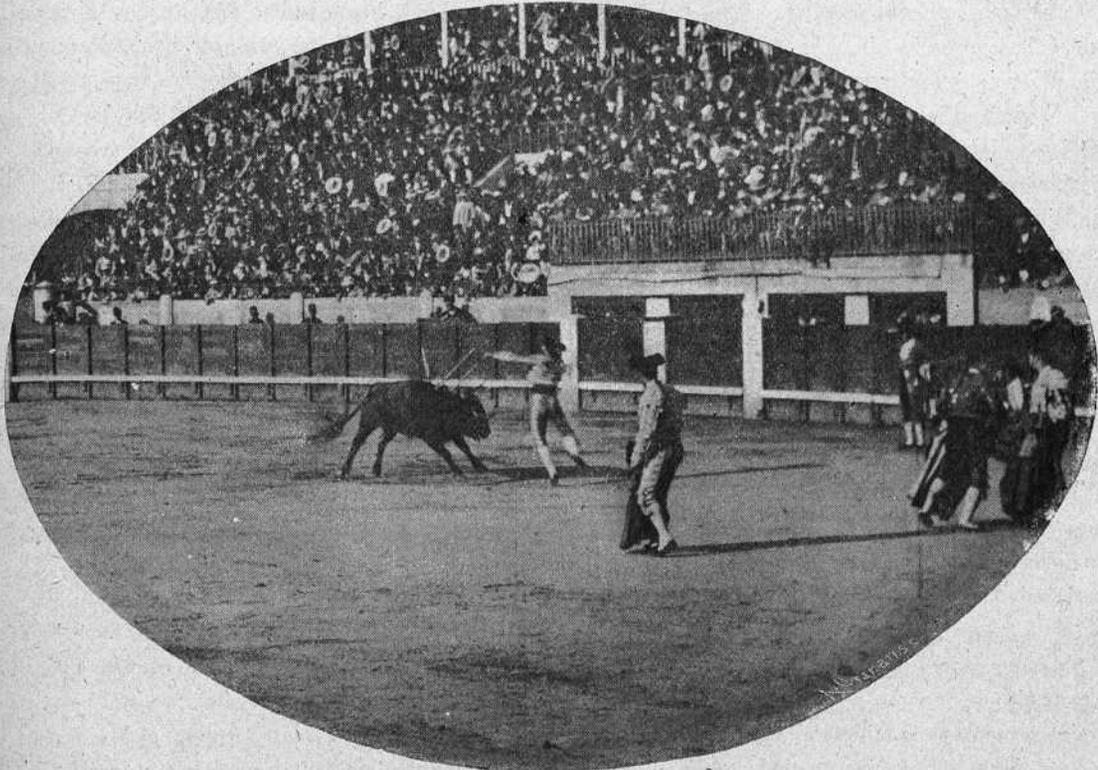
A los toreritos de «pomá», echarles toros que les afeíten el pelo. (CÚCHARES.)

Y una vez enterados de estas opiniones de maestros meritísimos, seguramente que tirios y truhanos exclaman:

—¡Abajo las desigualdades!

ANGEL CAAMAÑO.

MADRID.—Blanquito, banderilleando.





Aquello, no esto.—Duques de Montpensier en Málaga.—Función Real.—Los toros de Lesaca.—Redondo en la cúspide.
Segunda parte buena.—Así el arte progresa.—Donde están aquellos tiempos... los modernos que se callen.

Griten cuanto quieran, disputen hasta enronquecer los neófitos *laborantes* de la afición taurina: á esos *chicos* que nada han visto, que no pueden comparar por tanto y que carecen de medios para hacer justas comprobaciones, hay que dejarlos á un lado y reir de ellos. ¡Qué saben, á quién oyeron que supo y pudo explicarles lo pasado para enseñarles la diferencia con el presente?

Yo, que algo he visto y mucho he oído, dígoles que á mis viejos papeles y memorias me atengo, gozando con el recuerdo, y la lectura más, mucho más que si asistiese á estas corridas de *ahora*, anunciadas con tanto *bombo y platillo*.

¿Dónde están esos toros fieros y carniceros que ponían en conmoción á diestros y á públicos?

¿Dónde esos verdaderos *maestros* que ejecutaban todas las suertes de matar con estricta sujeción al arte?

No existen: hay que buscarlos en los papeles antiguos y en la memoria de los buenos aficionados.

Por esto digo y repito que me excuso de asistir á las actuales fiestas taurinas, en que todo es falso, todo ilusorio, sabiendo de antemano que los toros no son tales, sino becerrotes criados á pesebre y de complexión tan delicada y fina que sólo resisten con bravura dos ó tres puyazos, menguándose á seguida su fiereza para dar en la manse-dumbre, que no el *sentido*, pues si lo tuviesen no jugarían con ellos estos *maestros de la bullanga*, dado el ningún respeto que ofrecen.

El toro de poderosa cabeza, fiero, duro, de recargue portentoso, dejándose hacer pedazos el morrillo y *durmiéndose* corneando al caballo, machacando al picador, elevando cual pluma al inerte jamelgo, echándose sobre el lomo y corriendo con él cual si en el testuz condujera frágil peso, no existe, es un mito; así como tampoco existen picadores que cebando la puya en el morrillo *aguanten* el formidable empuje de una res de las condiciones descritas, y *regateando* con fuerza titánica, recorra un tercio de redondel hasta llegar á los tableros, rompiéndose el alma en ellos, si con un supremo esfuerzo no conseguían hacerle *doblar el cuello* y echarse el toro *por delante*.

De estos actos brutales—si se quiere—pero hermosos á la vez por lo heroicos, surgían aquellos soberbios *coleos*, aquellos lances preciosísimos en que un Redondo, un *Curro Cúchares*, un Montes, demostraban todo su valor, toda su inteligencia en tan tremendo peligro, y ¡qué cuadro más pintoresco! Si la res no obedecía al capote y á las llamadas del torero, si la angustia se retrataba en todos los semblantes y los espectadores, como votados por corriente eléctrica, se levantaban de sus asientos prorrumpiendo en gritos de conmiseración y pena, allí estaba el *maestro* para devolver á todos la tranquilidad, y echando mano con la izquierda á la cola y con la derecha al pitón de igual lado, ejercía de un tirón su misión salvadora, haciendo furioso hincapié en el suelo, y girando en redondo describía un surco ó varios, hasta que, separado el toro del sitio peligroso, quedaba inmóvil, fijo, con un palmo de lengua fuera, y el libertador ó *quitador* sonriente, cuadrado á un palmo de las astas, cruzado de brazos. ¡Allí sí que venía de molde el *adorno*—como ahora se dice,—el rascar la frente y volver el cuerpo, tomando la recta y paso á paso, sin volver la cara y saludando al público! Aquello era el QUITE verdad, sin el oropel de las medias verónicas y todo ese repertorio de *floreos* que ponen más mansos á los toros y hacen de la suerte moderna de picar el barullo más indigno y antiartístico que no pudieron soñar aquellos diestros avezados á una rigidez de principios toreros que hoy se desconocen en absoluto.

José Trigo—por ejemplo—no se vestía la *casquilla* por menos de cien duros; pero había que verle ir á la suerte, cómo castigaba y la manera singular de dar *torniquete* á los toros que le querían comer el caballo. ¡Qué esfuerzos! ¡qué modo de *regatear* y abrir *brechas* en el novillo, haciendo, á veces, sentar de dorso á un torazo!

¿Dónde hay hoy uno que le imite con cuatreños?

¿Y la suerte de matar? Aquella seriedad de que se revestía tal acto supremo del arte torero ha caducado. Sólo el matador con el toro—si no era de sentido ó fugitivo, porque en ambos casos había que emplear buenos peones para ayuda de amparar, correr y volver—presentaba el matador el cuerpo al toro, llegándole paso á paso, y en jurisdicción presentaba la muleta á la altura de la cadera izquierda, cuadrándola frente á frente; partía la res y el pase natural, dando inclinación de abanico que se abre, cumplíase magistralmente; si revoltoso el toro giraba sobre las

piernas y partía otra vez, el pase de PECHO OBLIGADO, hermoso, ceñido, burlaba á la fiera. ¿Quedaba ésta *igual*, cuadrada como hoy se dice? Pues no se despreciaba tan favorable ocasión. El cite á recibir *achicando* la muleta sobre el *palo*, la colocación de perfil con el pitón derecho, *cargar la suerte* llenando la cara de trapo al toro, retroceder el pié izquierdo sin unirio al derecho porque esa *posición de bolero* que algunos malos aficionados explican serviría para hacer caer de espaldas tropezando el estoque en hueso (1). ¿Y el remate? allí sí podía echar gracia el matador *crúzando* para la salida, pues que la espada el mismo toro por su propio empuje y ligero esfuerzo del brazo del diestro, á compás de avance de cintura para arriba, daban por hecha la consumación de la SUERTE DE RECIBIR, quedando *parado* el matador si en la ligereza del toro iba éste adelante en su carrera, tomando el diestro su *terreno de adentro* si el toro *parábase* ó se *volvía* sobre la derecha. Es decir, que tanta más brillantez tenía la suerte cuanto al éxito *ayudase* el toro en su manera de *salir* ó *parar*.

La belleza de toda clase de suerte consiste en la CONJUNCIÓN que ha de verificarse entre dos voluntades: la del torero y la del toro. Así el arte se complementa y resulta la soberana difícil facilidad.

Hoy se habla de recibir cual de cosa tan difícil como el descubrimiento de América por Colón.

El *conque* está en que se quiere matar los cuatreños en fuerza de muletazos y capotazos; un toro de media sangre no resiste esa faena y se pone manso y receloso, no de sentido, tal como lo explica el arte antiguo; y así, con reses que no pueden moverse, no hay recibimiento posible. Que se *pase* una ó dos veces, que le dejen *piés*, y estoy seguro que habiendo en el torero corazón é inteligencia se haría la suerte de recibir sin riesgo á tanto cuatreño topón que ignora el uso de sus armas y que difícilmente *mete la cabeza* dos veces á un bulto.

Aquello era verdad, valor y arte; esto de ahora... vamos á no comparar.

*
* *

El año de 1849 registra en los anales malagueños una fecha tan simpática como agradable. Tal fué la visita de SS. AA. RR. los Srmos. Duques de Montpensier, D. Antonio de Orleans y Doña María Luisa Fernanda de Borbón, que hicieron su entrada en Málaga el día 27 de Junio del año citado, viéndose colmados de atenciones y obsequios por este hospitalario y entusiasta pueblo, que secundó cuanto á bien dispusieron autoridades y prelado. Hospedada en el suntuoso Palacio Episcopal, cuyas mejores habitaciones cedió el Obispo, retiróse este señor á la parte antigua del Palacio.

Hasta el día 7 de Julio duró la estancia en Málaga de tan augustos personajes, á quienes acompañaba la primogénita Infantita, y durante los once días, Málaga y sus autoridades hicieron cuantos festejos pudieran ser del agrado de aquellos Príncipes.

La empresa de la Plaza de Toros no permaneció ociosa y dispuso una extraordinaria corrida.

Seis toros de D. José Picarca de Lesaca, con divisa celeste y blanca: matadores, el celebre José Redondo y el aventajado Manuel Jiménez *el Cano*, ambos de Chiclana, y los picadores Juan Gallardo, Manuel Lerma, *el Coriano*, Manuel Ceballos y Lorenzo Sánchez, completando este cuadro de cuadrilla renombrados banderilleros, flor y nata de la torería andaluza.

Sin embargo de estar dedicada esta función á *Sus Reales Altezas*, como antes se mencionan, y ser cosa tan notable la cuadrilla como los toros, de la primera vacada de España, la empresa no quiso abusar de tan singular motivo y puso á 10 reales la entrada de sombra, 6 la de sol, palcos á 100, sillas á 20, gradas á 5, vallias á 12 y todo lo demás por el mismo orden y cual si fuese espectáculo ordinario.

Basta hacer memoria y leer cuanto de esta notabilísima corrida se escribió para venir á cuentas y deducir que la tarde del 6 de Julio fué una de esas que no pueden olvidarse.

De bote en bote el magnífico *circo*, propiedad de D. Antonio María Alvarez, presentaba un aspecto deslumbrador cual no vióse otra vez sino en la tarde del 17 de Octubre de 1862 en que la Reina Isabel II presidiera la corrida que se le dedicó en su obsequio.

Entonces el *circo* no estaba como en 1851, en que se le substituyó el tendido bajo de madera por otro de cantería sobre bóveda, quedando el llamado *terradillo* por haberse estrechado el *anillo* ó redondel, mérito singular, pero obligado, que hizo gracia á los malagueños que aún se acuerdan de aquella alegre plaza.

Como sucede en casos especiales, hubo de cundir la voz de que la plaza no estaba en condiciones de sustentar el

(1) No es opinión mía, es dicho del célebre estoqueador Manuel Domínguez, quien en distintas ocasiones que discutimos sobre la suerte de recibir, me afirmó que la *posición de reunir el talón izquierdo sobre el enfranque del derecho era un absurdo, puesto que si para colocarse era bonita, no podía conservarse una vez hecho el cite y menos aguardar en ella resistiendo el empuje del toro*. Así lo dicta el sentido común y el arte mismo.



BOMBITA Y SU CUADRILLA.—Pulga de Triana.—El Inglés.—El Sargento.—Bombita.—Cigarrón.—Ostioncito.

peso de mucha gente, y de esto se tomó pié para que el Arquitecto Sr. Trigueros y el maestro de obras Sr. Mapelli reconociesen la plaza, dando parecer de que estaba inútil (?) cuando aún no hacía nueve años que se construyera. El propietario Sr. Alvarez no se conformó con esa opinión que lesionaba sus intereses, y entonces el Ingeniero civil D. Francisco Téllez la reconoció y dió por útil reforzando tan solo varios puentes y cabezas de vigas.

La Comisión elegida por el Ayuntamiento, compuesta del Teniente de Alcalde D. Manuel Viana Cárdenas y los Concejales D. José Alvarez y D. Roque España, esmeróse en el decorado del palco real ó sea la Presidencia, destinándole colgaduras de terciopelo carmesí con franjas y flecos de oro, estando el piso alfombrado, así como otros palcos inmediatos convertidos en tocador, sala de descanso y retrete. La entrada de los Infantes fué por la puerta principal del circo en la calle de los Baños, y desde la puerta citada, que exhibía preciosos adornos, hasta el palco, todo el piso estaba cubierto con paño blanco.

La Comisión citada y autoridades recibieron á SS. AA. RR., á quienes después invitaron á un refresco en el salón de descanso, y la corrida comenzó á las cinco terminando á las siete.

¡Qué aspecto más hermoso el de la plaza! Toda llena, como antes digo, tanto traje majo y de etiqueta, tan variados colores y alegría y movimiento tanto, era para conmover al más atacado de *spleen*.

Ver á Sus Altezas y levantarse todo el público y descubrirse, fué obra de un soplo. Dos bandas de música entonaban la Marcha Real, y en tanto los vivas enrarecían los espacios y los saludos con pañuelos daban un tono especialísimo de inapreciable conjunto á aquella inmensa muchedumbre que gozosa manifestaba sus aprecio á tan augustos visitantes.

La Infanta, á quien acompañaban la Marquesa de Cela y la de Malpica, ostentaba rico traje de seda blanco, y mantilla, prendiendo entre sus negros cabellos preciosas flores del tiempo, entre ellas una roja dalia.

Se principió la corrida arrojando la Infanta la llave del toril después del paseo de las cuadrillas, que saludaron á tan augusta Presidenta, hincando la rodilla izquierda, hubo aplausos cerrados y salió el primer toro que como los cinco, si bien de poca alzada para comparados con otros de inferiores ganaderías, en cambio tan bravos y fuertes y de edad reglamentaria como podrá apreciarse por sus hechos.

Chorrero se llamaba, negro y chorreado en morcillo. ¡Canela fina de verdad! Boyante y pegagoso tomó levantado seis varas y veinte en rectitud, matando cuatro caballos é hiriendo á dos. El famoso picador Gallardo se lució de veras poniendo varas magistrales. Los banderilleros *Ratón* y *Bocanegra* (el primitivo, conste) lo banderillaron con un par al trascuerno y tres á media vuelta.

¡Qué expectación cuando Redondo, montera en mano é hincando la rodilla izquierda, dijo el brindis bajo el palco real!

¡Se sentía el vuelo de una mosca!

Oído, que esto es histórico: «Brindo por S. A. R., por su augusto esposo, por la Infantita mi señora, por toa la gente de Málaga y los forasteros». Durante este brindis, tan serio como oportuno, todo el público se descubrió y se puso de pié.

Velázquez, Goya, Fortuny, dadme vuestro pincel y vuestros colores para retratar á aquel coloso del arte.

Con aquellos andares de gracia, aquella presunción ingénita de su valor y tipo torero, fué al toro derecho y colocándose erguido ante la fiera, cuadró la muleta—¡viva su mare!—y con sólo dos pases lo echó á rodar de una soberbia, inmejorable, por todo lo alto, estocada recibiendo. La salva de aplausos hizo retemblar la plaza y Redondo fué á hacer el saludo en cuyo instante le aplaudió el Duque de Montpensier, arrojándole una preciosa bolsa de seda con dos onzas de oro. Risueño el *Chiclanero* dió expansión á sus sentimientos mostrándose agradecido, en tanto el público colmábale de aplausos y vivas.

¡Eso era matar un toro, eso!

No habiendo más que un tiro de mulas para el arrastre se invirtió bastante tiempo en la operación y se dió suelta al segundo toro, *Estrellao*, negro, lucero, bragado; tomó siete varas levantado y seis en rectitud, dejándole clavada la garrocha en la cuarta Gallardo. Lo castigaron mucho y mató dos caballos además de dos mal heridos. *Lillo* y *Chauchau* le pusieron tres pares (dos á media vuelta) cayendo el segundo al salir de la suerte. Manuel Jiménez hizo el mismo brindis que Redondo y con dos pases y una estocada recibiendo lo entregó á las mulillas. S. A. dió á el *Cano* una bolsa de seda con una onza de oro.

Y salió *Cabezón*, de inmensa cabeza como pocas se ven, negro zaino, corniabrochado, duro y creciéndose al castigo en cada puyazo. Tomó 11 varas levantado, 13 en rectitud y una á caballo levantado, matando 4 é hiriendo á 3.

Por exceso de tanto castigo no lució más aún. Gallardo dió una caída sobre las tablas, tremenda, sufrió un puntazo en la corva y tuvo que retirarse. Lorenzo Sánchez no quiso abandonar su caballo, cayó mal y fijándose en él el terrible *Cabezón* le metió la cabeza y lo levantó del suelo, en cuyo instante Redondo coleó al toro y salvó á Sánchez de la muerte, yendo contuso á la enfermería. *Ratón* y *Joaniquitá* pusieron 3 pares (uno al cuarteo, otro al trascuerno y otro á la media vuelta), y Redondo con dos pases, uno natural y otro de pecho, dió al toro una buena recibiendo.

Mientras retiraban los caballos y al toro, la augusta presidenta, su esposo y personas del acompañamiento, tomaron un refresco, como dicho queda en su lugar.

El cuarto, *Lengueto*, colorado, ojinegro, salió con muchos piés y era revoltoso como un diablo. Cuatro varas levantado (una á lo Zahonero, suerte que describe Montes en su *Tauromaquia*), con caballo muerto y seis por derecho por cuatro jacos difuntos. *Bocanegra* y *Lillo* le clavaron 4 pares al cuarteo y media vuelta, y Jiménez lo mató de una baja *recibiendo* después de un mal pase.

Perdigón fué el quinto, colorado, ojos de perdiz y gacho; creciéndose tomó 3 varas á toro levantado y 9 por derecho, por 2 caballos muertos y 3 heridos. *Chauchau* y *Joaniquín* le colocaron 4 pares, y Redondo lo sacó de las tablas hasta llevárselo á los medios; por tres veces lo cuadró y se le *desigualaba*, y cogiendo hueso pinchó dos; *quemándose* entonces y dando BRAGUETA metió una á volapié asombrosa. El público pidió que *se lo dieran*. S. A. preguntó el significado de la petición, y enterada por algunos de la Comisión dió su asentimiento, y Redondo cortando la oreja al toro la lanzó por alto.

El mismo célebre estoqueador capeó al toro á la verónica y navarra, además de varios galleos y recortes que le valieron grandes y unánimes aplausos.

Y salió el último, ó sea *Podenco*, y á pesar de que tomó *cuatro* varas el público pidió banderillas de fuego, y S. A. R. lo dispuso dando gusto al pueblo soberano. Por deferencia á la Infanta colgó cuatro pares Redondo, y retirado entró en suerte el *Ratón*, que clavó uno avivando así al manso. Jiménez dió un pinchazo á volapié, despidiendo el toro el estoque, que fué al tendido, donde hirió en un brazo á un espectador, y luego una estocada en la misma suerte.

La corrida terminó dándose todos por muy satisfechos, aparte del sentimiento de las desgracias ocurridas á los lidiadores de á caballo y al capitán del Regimiento de Africa, que hallándose de servicio entre barreras fué herido al despedir el estoque.

Los caballos muertos llegaron al número de diez y siete.

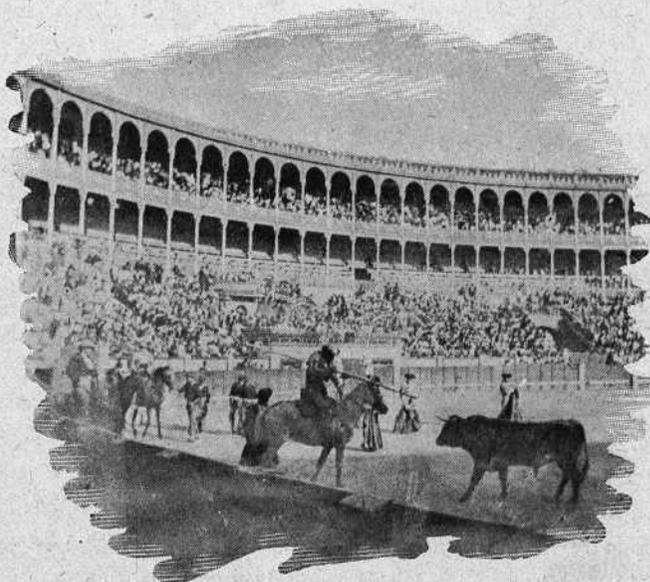
Salvo ese lunar del último toro que renegó de su buena casta, dígame ahora el aficionado moderno si vé una corrida tan bien trabajada que alcance al número de puyazos que indicados quedan, y que se muestren los matadores más económicos en los pases y estocadas.

Por esos caminos progresaba el arte entonces y así se hacían célebres los diestros; y conste que Redondo, con su formal y completa cuadrilla (entonces no había medias ni calcetines), cobraba en Málaga MIL NAPOLEONES; más claro, diez y nueve mil reales para viaje, fonda y pago de catorce hombres con inclusión del cachetero y el mozo de estoques, el gitanito llamado el *Bombo*.

Seguid, seguid vuestros entusiasmos; aplaudid lo moderno, hartad de billetes y plata á los diestros; pero conste que con cartas á la vista y hechos verídicos de toda veracidad, hay que decir que á falta de pan buenas son tortas, y pues *aquello* pasó y *esto* se está acabando en punta ridícula, quito el paño al púlpito, os doy la bendición con Cristo y ahí queda eso... ¡¡ARCHIMONUMENTALES!!

P. P. T.

Málaga y Agosto de 1897.



MADRID.—Picador *Melones*, en una suerte de varas.

Una cogida del rey José.

(Anécdota del año 8.)

I

¡**Q**UODAVÍA no se había convencido la intrusa majestad de José I de que por mucho que pusiera de su parte nunca podría hacerse simpática á la mayoría de sus nuevos y levantiscos vasallos, y por cuantos medios le aconsejaban trataba de alcanzar una popularidad que cada vez veía más distante de su tan regia como escarnecida persona.

Aunque, como se comprende, huyeran los españoles adictos á su causa de encomiarle las escasísimas buenas prendas que adornaban á aquel *deseado* Fernando que con tan poco trabajo le había abandonado el trono de sus mayores, tal era su afán de preguntar, que por más que la adulación pusiera freno á sus lenguas, no pudieron ocultarle sus cortesanos que una de las cosas que más entusiasmaba en el hijo de Carlos IV era verle oprimiendo los lomos de uno de aquellos caballos de pura sangre española sobre los que se asentaba con un poco de pesadez, haciendo alardes no del todo



injustificados, al par que de excelente ginete, de hombre dotado de no escasa dosis de varonil gallardía.

Nunca había descollado José por su afición á los ejercicios corporales; pero á su modestia no se ocultaba que ni era tan



desairada su figura, ni su habilidad tan poca que cayera mal sobre los borrenes de una silla, y afanoso de imitar á quien con tantas simpatías contaba, buscó ocasión de hacer ver que ni era despreciable caballista, ni le amedrentaba ninguna de las faenas de lo que constituía lo que pudieramos llamar el *sport* de aquella época.

Tal ocasión no tardó en deparársela aquel famoso D. Leandro Fernández de Moratín, que no contento con afrancesar nuestra literatura traduciendo á cartas vistas á Moliére y á cencerros tapados á Mariveaux, empleaba todos los recursos de su ingenio en encarecer, con la gárrula facundia de cualquier Dulcamara, las excelencias del híbrido emplasto conocido por Constitución de Bayona y las virtudes del lacayo decorado con el pomposo título de Rey de España y de sus Indias, que á las órdenes de Bonaparte hacía el más triste de los papeles en el trono de San Fernando.

Sabido es que el bueno, ó lo que fuera, del tal D. Leandro, pasaba por todo lo ferviente entusiasta que con la frialdad de su alma era compatible de las corridas de toros, y que tal afición le hacía mantener relaciones de amistad, algo enfriadas ya por su afrancesamiento, con algunos de los diestros de más nombradía, y con no pocos ganaderos de la tierra, por cuyas reses parece tenía Luarco Celenio particular predilección.

Uno de estos últimos, vecino de Colmenar Viejo, y á quien no nombro por si el recuerdo pudiera molestar á sus descendientes que aun hoy mantienen el buen nombre que ya en los fines del siglo pasado tenía su vacada, le había invitado á una gira que tenía por principal objeto apartar unos toros que debían lidiarse el lunes más próximo en la plaza de Madrid.

A Moratín le ocurrió el pensamiento de hacer extensiva la invitación á su intrusa majestad, y como ésta se dignara aceptar, avisado el ganadero, no tuvo más remedio que ratificar, de mala gana, dicho sea en honor suyo, el ofrecimiento.

II

Una mañana, no de las más calurosas, por cierto, de principios de Junio de aquel año, el buen pueblo de Madrid veía salir por la puerta de los Pozos de la Nieve, al que en son de burlas llamaba Pepe Botellas, seguido, no de numeroso, pero sí de lucido acompañamiento. Nada de común tenía aquella partida, con la que con algún más azoramiento había de emprender de allí á pocos días después al saberse en Madrid la gloriosísima victoria de Bailén, pero no por eso eran menos alegres las carcajadas, ni menos regocijadas las chanzonetas cruzadas entre los manolos y chisperos que detenían el paso en las calles para ver pasar la regia comitiva.

Verdad es que razón había para ello. José, que montaba un soberbio caballo morcillo arrendado á la jerezana, había tenido el mal acuerdo de adoptar, por aquel día, el típico traje de nuestros majos, y sin ofenderle, el castoreño, la redecilla y los monillos de alamares, le iban, poco más ó menos, como hubiera sentado al Santísimo Cristo del Pardo una bandolera de Guardia de Corps.

Fuera de aquel incidente, que debió hacer comprender, lo mismo al poco afortunado monarca que á sus no del todo discretos consejeros, que el arbitrio había resultado contraproducente, el viaje se hizo sin el menor contratiempo, y aunque con algún quebranto de los que estaban tan poco hechos á cabalgar como el autor de la *Mojigata*, á muy poco más de las dos horas de camino llegaban á uno de los cercados del término de Colmenar Viejo, donde eran recibidos por el afamado ganadero con una frialdad mal disimulada por el respeto.

III

Y de la gira tampoco hubiera habido nada que contar, á no haber ocurrido á última hora un lance que estuvo á punto de aguar la mediana y un poco forzada alegría que se había querido dar al esparcimiento.

Después de servido un tan sólido como suculento almuerzo, se procedió á elegir y separar las reses que habían de lidiarse, y gracias á la pericia de los encargados de la faena, iba ya ésta á darse por terminada, cuando de pronto un hermoso toro alto de agujas, bien puesto de cuerna y cuya capa colorada encendida delataba la pureza de la casta gijona de que sin mezcla alguna procedía, se rezagó al parecer tranquilamente, y cuando estuvo lejos de la piara se arrancó con la velocidad del rayo hacia un ribazo en que con cierta precaución había quedado el rey renunciando á seguir á sus cortesanos, enfrascados en la tarea del acoso.

José Bonaparte, comprendiendo que su caballo no tenía piernas bastantes para ganar el viaje al astado bruto, con una serenidad digna de mejor suerte, afianzó la vara de detener, que por hacer lo que los demás había aceptado, y esperó la acometida; pero fuera que le faltara brazo, fuera que se olvidara de manejar la mano izquierda, lo cierto es, que alcanzado el caballo en una de las ancas al revolverse instintivamente, se levantó á la empinada en tan inopinado bote que dió en el suelo con la regia persona que sobre sus lomos sostenía.

La situación del rey era tan comprometida, que cuantos desde larga distancia vieron el suceso lanzaron un grito de terror. Pero cuando el toro inclinaba ya la cerviz para dar el hachazo sobre el derribado jinete, quedó por el pronto inmóvil, como si las cuatro patas estuvieran clavadas en

el suelo, y no tardó en doblar las manos, cayendo pesadamente al lado del sitio de que se levantaba no del todo bien trecho el monarca *in partibus* de los españoles.

Un puyazo puesto en las mismas agujas había tocado la médula del animal, produciendo el descorde.

El que sin saber cómo ni por dónde había acudido tan á tiempo á dar muestras de su pujanza y habilidad en el arte de picar era un hombre ya de edad madura, pero vigoroso y fuerte, y que tanto por su atavío como por su aspecto, revelaba tener el oficio de vaquero.

Al ver rendido á sus plantas al toro, echó pié á tierra con objeto de prestar ayuda al caído; pero como ya el resto de la comitiva se incorporara al grupo, iba á esquivarse modestamente cuando José le detuvo y sacando una onza de oro del bolsillo le dijo con el marcado acento extranjero de que no pudo desprenderse jamás:

—Has salvado la vida á tu rey, y quiero que sepas que éste no es ingrato.

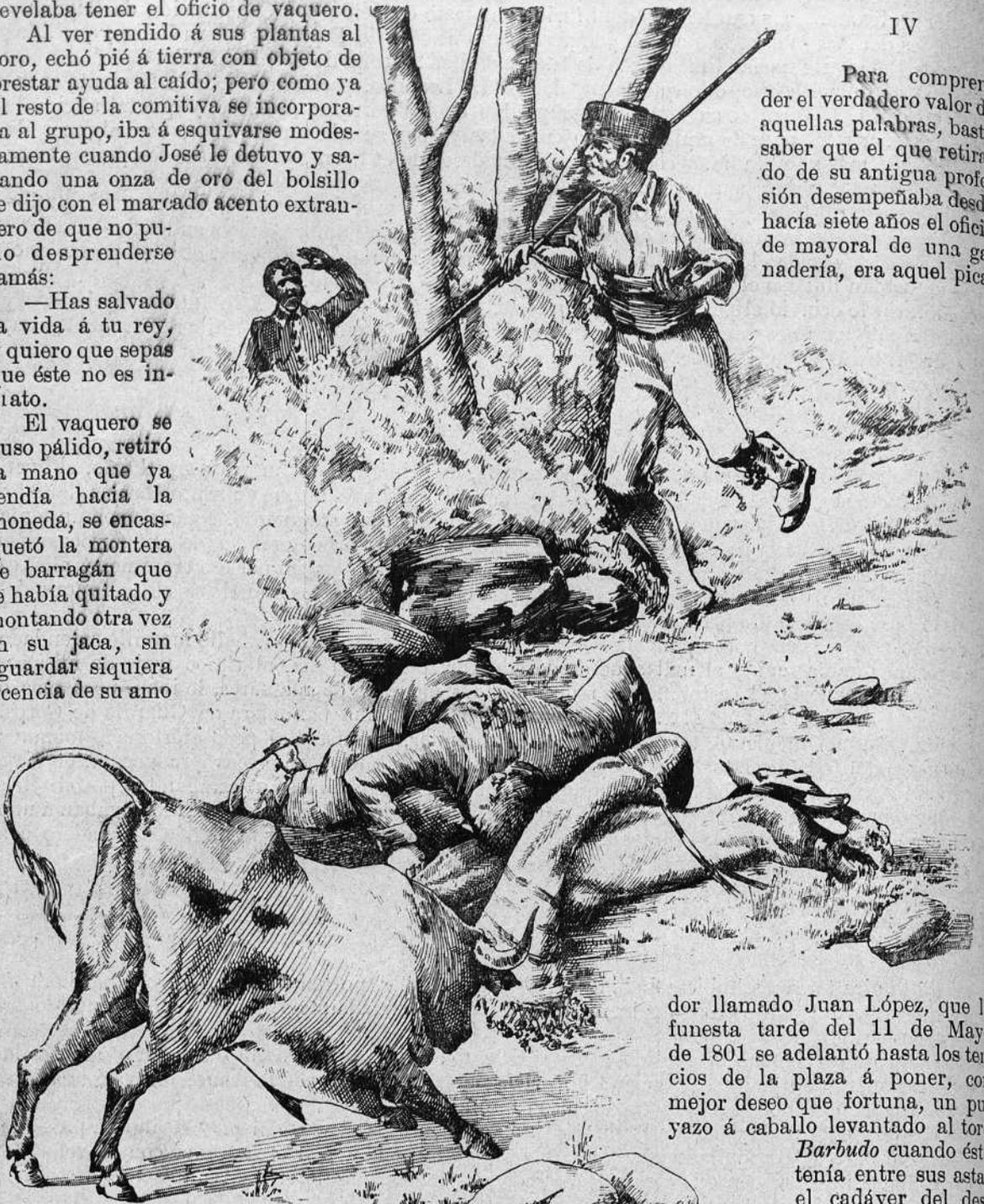
El vaquero se puso pálido, retiró la mano que ya tendía hacia la moneda, se encasquetó la montera de barragán que se había quitado y montando otra vez en su jaca, sin aguardar siquiera licencia de su amo

se alejó á todo galope, gruñendo entre dientes:

—¡Yo que no pude evitar la muerte de mi maestro, he librado á éste la pelleja! ¡Por mal español merecía la horca!

IV

Para comprender el verdadero valor de aquellas palabras, basta saber que el que retirado de su antigua profesión desempeñaba desde hacía siete años el oficio de mayoral de una ganadería, era aquel pica-



dor llamado Juan López, que la funesta tarde del 11 de Mayo de 1801 se adelantó hasta los tercios de la plaza á poner, con mejor deseo que fortuna, un puyazo á caballo levantado al toro

Barbudo cuando éste tenía entre sus astas el cadáver del desgraciado José Delgado, más conocido por *Pepe Ilo*.

E. Butler

ANGEL R. CHAVES.



El número 17 de este semanario, correspondiente al día 12 del actual, lo dedicaremos exclusivamente á conmemorar las fiestas celebradas este año en Valencia.

Tanto por lo escogido y variado de su texto, como por la profusión de grabados que contendrá, creemos que ha de merecer la aprobación de nuestros lectores.

En la plaza de Granada se celebró el 25 de Julio próximo pasado la corrida anunciada á beneficio de la Cruz Roja.

Los toros, que fueron de Laffite (hoy Romero), campieron bien, salvando el pabellón de la ganadería. Entre todos, tomaron 33 varas y mataron 11 caballos.

Villita y Parrao quedaron bien, tanto en la brega como en la muerte de sus toros, por lo que alcanzaron muchos aplausos. Banderilleando al sexto, quedaron superiormente.

En banderillas, estuvieron todos regulares; bregando, Laborda.—R. DE BASTI.

Cartagena.—La primera corrida de toros celebrada en aquella plaza, con motivo de la feria, dejó satisfecho al público.

Los toros, que eran de Ibarra, dieron bastante juego, á excepción del quinto que resultó manso.

Torerito no pasó de mediano, tanto con el capote, como con la muleta. Al herir quedó bien en el primero y mal en el cuarto. En quites no hizo notable más que un buen coleo.

Fuentes, puso cátedra, derrochando arte, valor é inteligencia en la brega y muerte de los toros que le correspondieron. En quites, oportunísimo y trabajador.

Algabeño hizo cuanto pudo por agradar, consiguiéndolo por completo, alcanzando muchos aplausos por su valor y buena voluntad, pasando de cerca, sin adorno y entrando á matar magistralmente.

En banderillas se han distinguido: Creus, Valencia y Roura; bregando, Juan Molina y Antonio Guerra; picando, Pegote y Carriles.—OLMEDO.

El número 15 de la notable revista *Bilbao Taurino*, correspondiente al 1.º del actual, es muy interesante.

Además de un texto escogido y variado, publica un bonito retrato de *Potoco* y otras ilustraciones. Tanto en la parte tipográfica como en la artística, merece el favor de los aficionados.

Para las fiestas de San Magín, que se celebran el día 19 del actual, se anuncia en la plaza de Tarragona una

corrida de toros, en la que los espadas Mazzantini y *Minuto* lidiarán reses de Saltillo.

Los días 28 y 29 de Agosto se verificará en la plaza de Toro (Zamora) una corrida, en la que actuarán de matadores los espadas *Liri* y *Quinito*.

La corrida de toros celebrada en la plaza de Jerez de la Frontera el día 25 del actual, no pasó de la categoría de regular.

El ganado, que era de Adalid, exceptuando el 4.º toro que hizo una faena aceptable, cumplió á duras penas.

Con la espada, se portó bien *Bonarillo* en el 1.º y 5.º, quedando mal en el 3.º Con la muleta regular, y en quites muy oportuno y trabajador.

Conejito tampoco hizo nada sobresaliente ni con el estoque ni con la muleta, si bien agarró una buena estocada en el cuarto. Con el capote, muy adornado y trabajador, compartiendo las palmss con su compañero en los quites. Pareando estuvo superior.

De los banderilleros se distinguió Baena.

De los picadores, Melilla y Riñones.

La presidencia, acertada.

Hoy toreará en Vigo el afamado diestro Rafael Guerra, *Gurrilla*, restablecido ya de la herida que recibió en la mano derecha, al pasar de muleta al segundo toro de la última corrida de abono en la plaza de Madrid.

A la hora de cerrar este número, leemos en nuestro estimado colega *El Imparcial* un telegrama de Sevilla, en que se anuncia la muerte del célebre torero Fernando Gómez, *el Gallo*.

Mucho sentimos la pérdida de tan buen torero.

¡Descanse en paz el desgraciado Fernando!

Valencia.—Arribas, guasones huidos. *Gorete* superior toreando, desgraciado hiriendo. *Bebe*, bien. *Fabrilo*, desgraciado. Bregando, *Almendo* y *Sevillano*.—LUIS.

El día 18 se celebrará en la plaza de Toledo, con motivo de la feria, una corrida de toros, con ganado de Saltillo, que serán lidiados por *Guerrita*, *Reverte* y *Bombita*.

Leemos en nuestro querido colega *Heraldo de Madrid*, correspondiente al día 29 de Julio último:

«Un rasgo hermoso.

Esta mañana, en el mixto, pasaron por Avila Mazzantini y su cuadrilla, que venían de torear en Santander.

En el mismo tren regresaban de Cuba varios soldados enfermos y heridos, uno de los cuales se acercó al mostrador de la fonda á tomar algún alimento, que el dueño de ésta le regaló generosamente.

Enterado Mazzantini, que también estaba en la fonda, pidió al fondista toda la plata que tuviese—unas doscientas pesetas—y las repartió enseguida entre los heridos y enfermos.

Este rasgo, tan propio en el famoso matador, fué muy aplaudido.»

* *

El valiente diestro Angel Garcia Padilla, continúa mejorando rápidamente de las heridas que recibió al ser cogido por el toro tercero de los corridos en nuestra plaza el día 25 de Julio último.

Lo celebramos, deseando que cuanto antes se restablezca completamente.

* *

Hé aquí las corridas que tiene ajustadas para el presente mes, el aplaudido espada Enrique Vargas, *Minuto*:

El 8, en Madrid; 10, en El Escorial; 11, en Manzanares; 12, en Alicante; 15 y 16, en Guernica; 19, en Tarragona; 22, en Madrid; 24 y 26, en Almería; 29, en Madrid, y 30, en Valdepeñas.

* *

El 27 del actual, torearán en la plaza del Puerto, reses de Moreno Santamaría, los espadas Mazzantini y Fuentes.

* *

Hemos recibido el primer número de *La Taurina*, revista que ha empezado su publicación en Jerez de la Frontera.

Deseamos al colega larga vida, y gustosos establecemos el cambio.

* *

Combinación de las corridas que se celebrarán en la plaza de Almería durante el presente mes:

Día 24: *Minuto* y *Villita*, con ganado de Saltillo.

Día 26: *Lagartijillo* y *Minuto*, con reses de Cámara.

* *

El conocido novillero Francisco Pérez, *Naverito*, embarcará el 3 de Octubre con rumbo á Venezuela, contratado para ocho corridas por el empresario de la plaza de Caracas.

* *

La empresa de la plaza de toros de Salamanca ha adquirido ganado de Veragua. Muruve y Terrones, para las corridas de Septiembre.

Los espadas contratados son Guerra y Fuentes.

* *

El 31 del actual lidiará en la plaza de Calahorra ganado de D. Pedro Galo Elorz, el espada *Bonarillo*.

* *

El banderillero Antonio Zayas continúa muy aliviado de la herida que recibió en la plaza de Madrid la tarde del 18 de Julio último, y es probable que muy pronto pueda trasladarse á Sevilla.

Mucho celebraremos que así sea y que en breve volvamos á verle completamente curado.

* *

También está bastante mejorado de su enfermedad el simpático Emilio Torres, *Bombita*, y se dice que es posible trabaje en Lisboa el 12 del actual.

Nos alegramos.

* *

Los días 15 y 16 del actual se celebrarán en la plaza de Badajoz, dos corridas de toros, en las que tomarán parte los espadas Reverte y *Gorete*, á quien dará el primero la alternativa.

SOL Y SOMBRA

SEMANARIO TAURINO ILUSTRADO

Dirección y Administración: Santa Isabel, 40, Madrid.

SOL Y SOMBRA se publica todos los jueves.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid y provincias: Trimestre, 2'50 pesetas.—Ultramar y extranjero: Semestre, 9 pesetas.

PRECIO DE VENTA

Número corriente, 20 céntimos.—Idem atrasado, 30.

PUNTOS DE SUSCRIPCIÓN

Administración de este semanario, Librería Internacional de los Sres. Romo y Füssel, Alcalá, 5, y principales librerías de Madrid.

Las suscripciones empezarán siempre en el primer número de cada mes. — Pago adelantado.